

PRÉDICA DOMINGO 11 DE OCTUBRE DE 2020

LOS JUSTOS JUICIOS DE DIOS



Oficina: 15 Calle 3-37 Zona 10, Guatemala, Guatemala Tels.: 2363-6231 y 2337-4206

Templo: 15 Calle 3-48 Zona 10

www.vidacristiana.org.gt / info@vidacristiana.org.gt

PRÉDICA DOMINGO 11 DE OCTUBRE DE 2020 LOS JUSTOS JUICIOS DE DIOS

Estamos estudiando un cuadro general y grande, un mapa que nos ayudan a ver el camino con claridad. Espero que ya hayamos visto, entendido, de una manera más amplia lo enorme del llamado que les ha hecho Dios a los hombres. Es un enorme privilegio conocer a Jesús y caminar con Él. El hombre es más valioso para Dios de lo que podemos concebir, y el Diablo lo sabe y por eso se ha dado a la tarea de destruirlo. Pero Dios ya tenía un plan para restaurarlo por medio de Jesucristo. Ese sacrificio no es solamente para ser salvos de la muerte eterna y del infierno, también murió para restaurar por completo al hombre, y devolverle al hombre esa estatura moral que un día perdió. Jesús murió y se entregó completo para restaurar completamente al hombre. Una vez salvos Jesús nos enseña a ir creciendo, ir adquiriendo la sustancia de Cristo y posea la totalidad de nuestro ser. Una vez salvos debemos crecer. Esta es una de esas grandes lecciones. Estamos estudiando el Rio de vida. Estudiar el rio de vida es igual a estudiar las jornadas de Israel, son temas enormes.

Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más. Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. (Apocalipsis 21:1-2)

Vino entonces a mí uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete plagas postreras, y habló conmigo, diciendo: Ven acá, yo te mostraré la desposada, la esposa del Cordero. Y me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, (Apocalipsis 21:9-10)

Y no vi en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero. (Apocalipsis 21:22)

Después me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones. Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes. No habrá allí más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará; y reinarán por los siglos de los siglos. (Apocalipsis 22:1-5)

El cuadro que se nos dibuja es el Monte de Sion y el trono de Dios y el Cordero encima. De allí procede el rio de vida y nos alcanza a nosotros. A uno y otro lado del rio crecen árboles que dan

frutos en su tiempo. No hemos estudiado los árboles. Nosotros empezamos la jornada abajo. Una gota de agua del río de vida es suficiente para darnos salvación y vida eterna, imagínese usted entrar en el río y dejar que las aguas suban a los tobillos, rodillas, lomos y hasta la cabeza.

Me hizo volver luego a la entrada de la casa; y he aquí aguas que salían de debajo del umbral de la casa hacia el oriente; porque la fachada de la casa estaba al oriente, y las aguas descendían de debajo, hacia el lado derecho de la casa, al sur del altar. Y me sacó por el camino de la puerta del norte, y me hizo dar la vuelta por el camino exterior, fuera de la puerta, al camino de la que mira al oriente; y vi que las aguas salían del lado derecho. Y salió el varón hacia el oriente, llevando un cordel en su mano; y midió mil codos, y me hizo pasar por las aguas hasta los tobillos. Midió otros mil, y me hizo pasar por las aguas hasta las rodillas. Midió luego otros mil, y me hizo pasar por las aguas hasta los lomos. Midió otros mil, y era ya un río que yo no podía pasar, porque las aguas habían crecido de manera que el río no se podía pasar sino a nado. (Ezequiel 47:1-5)

Dios está allí, el trono es Dios. Si hablamos de un trono hablamos de dos cosas. NO es una balanza, operan juntas, al unísono. 1. La Soberanía de Dios y 2. Los justos juicios de Dios. Esas son las 2 cosas en las que podemos y debemos pensar en el trono de Dios. Su soberanía significa que ÉL es el supremo gobernador de todos y es soberano decididor de todas las cosas, Él decide qué se hace y cuándo y cómo. La soberanía es su gobierno, ÉL es Dios y Él reina. Y volviendo a lo que leímos de Ezequiel y hemos aprendido, cuando las aguas están a los tobillos, rodillas, lomos todavía se pueden pasar, enojarse, irritarse, enfurecerse, enemistarse, querer apartarse, rebelarse. ¿Por qué todavía se pueden pasar? Porque algo dentro de nosotros todavía se resiste a que las aguas provienen del trono, de su soberanía. Cuando Jesús nos salva, aún conociendo el estado en el que nos encontrábamos, el amor de Dios empieza a trabajar con nosotros. Dios no nos salvó por ser justos, el hombre se corrompe a causa del pecado del jardín del Edén, Dios no espera que seamos buenos para salvarnos y manifestar su amor. Solo espera que creamos en su Hijo Unigénito, en el Nombre de Jesús, no hay otro Nombre en el que podamos ser salvos. Jesús significa Jehová es Salvación, esa es su naturaleza. Cuando Dios os salva nos encuentra con el síndrome del pequeño dioscito. Creemos que nosotros mandamos y hay un reino de orgullo en el viejo corazón de los hombres y en la mente carnal de los hombres. Cuando gustamos de las aguas del río y tenemos salvación, encontramos tanta paz, porque Dios hace a un lado ese síndrome y nos damos cuenta de que Él es Dios y nos ama. Una vez salvos nos ayuda a dar los primeros pasos, completa los fundamentos espirituales en nuestra vida, dándonos las experiencias de la salvación, bautismo en fuego y bautismo en aguas. Hasta acá todo va bien. Pero tarde o temprano tenemos que entender que tenemos que ser transformados y convertidos conforme a la imagen de Cristo. Salvación es rescate de algo, pero convertir es cambiar la naturaleza. Cristo llega a cambiar nuestra naturaleza. ¿A qué velocidad? A la velocidad a la que nosotros se lo permitamos. Él busca conformarnos a imagen suya.

Poco a poco El Señor dice que nos tiene que ayudar a ver que todavía padecemos del síndrome del pequeño dioscito. Dios crea situaciones en las que se nos sale de las manos el control. Entonces nosotros lo resentimos porque creyendo que tenemos el control, descubrimos que no lo tenemos. Algo dentro se resiente, el pequeño dioscito. Cuando empezamos a caminar con Cristo y nos bautiza el Espíritu Santo llegan los dones y con esos dones llegan la fe y hacer milagros y sanar enfermos, eso sigue siendo válido, nos da dones de palabra, profecía, ciencia, sabiduría. Al principio, Dios es tan paciente y maravilloso que nos permite desear cosas y pedirselas a Dios, y si su experiencia es igual, Dios nos da esas cosas. Entonces creemos que fe es creer que nosotros tenemos sujeto a Dios y Dios va a hacer todo lo que nosotros queremos. Hay un día, un sitio, un lugar, un estado al que Dios espera que lleguemos, porque la Biblia dice en aquel día, todo lo que me pidan yo os lo daré. Pero eso es por estatura no por don, es algo a lo que queremos llegar. Dios nos permite echar mano de eso al principio, Dios nos permite pedir cosas y nos las da. Si Dios nos dejara así sería muy emocionante, pero no sería de mucho provecho eterno en nuestra vida porque eso no va a cambiar nuestra naturaleza porque todavía necesita ser cambiada. Eso no nos ayuda a librarnos del pequeño dioscito. Llega un momento en el que Dios dice que hay que graduarse, entonces crea situaciones para empezar a vernos a nosotros y vemos que todavía tenemos que ser transformados. Dios crea estas situaciones para que nos demos cuenta cuánto resentimos la soberanía de Dios. Dios decide algo y a nosotros no nos parece o gusta, entonces lo resentimos, descubrimos lo independientes que somos, cuánto nos hemos valido de nosotros mismos. Un día nuestra voluntad dice ir a un lado y Dios dice ir al otro y lo resentimos.

Resentir es a lo que se refiere Ezequiel con que el río todavía se puede pasar. Algo en nosotros no quiere seguir adelante y si le hacemos caso a eso podemos salirnos del camino en el que estamos caminando. Dios tiene que trabajar esto en nosotros, resentir su soberanía.

Por otro lado, encontramos los justos juicios, sus veredictos. Los veredictos de Dios pueden ser favorables o desfavorables. La salvación es a través de una gota de sus justos juicios. El veredicto para alguien que no ha sido salvo es la muerte eterna, es un juicio desfavorable. Pero la misericordia de Dios no se ha ido a ningún lado, cuando respondemos al justo veredicto que Dios ha dado de nosotros, del hecho que somos pecadores, y decimos Si Señor, necesito salvación, y entonces la gracia de Dios nos da la salvación que necesitábamos. Los justos juicios operan en el lado de la misericordia, pero también de la ira. Un día Dios emite un veredicto desfavorable ya siendo salvos, pues es que hay una conducta en nosotros que no nos va a hacer llegar a la meta. Dios emite este justo juicio, y tenemos que dar gracias por esos justos juicios y decirle, si hay algo que no te agrade, entonces perdóname y sigamos adelante. Un día dice Dios que tenemos que pasar por dolor, bueno eso es su soberanía y sus justos juicios son desfavorables, pero sabe lo que va a formar en nuestra vida después de esa experiencia dolorosa, eso nos va a ayudar a que se forme Cristo en nosotros. Dios nos sigue amando y gobernando, pero si las aguas no nos han llenado, el río todavía se puede pasar, esas aguas de verdad todavía pueden ser evadidas, resistidas, todavía podemos enojarnos porque pasó algo que no tenía que pasar. Es en contra de esto que se levanta esta resistencia. Usted solo métase más adentro al río, siga introduciéndose en las aguas de la Palabra de Dios. La Palabra de Dios se ocupa de ahogar ese pequeño dioscito que tenemos dentro, todo eso que sale de dentro que dice que merecemos algo mejor.

La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma; El testimonio de Jehová es fiel, que hace sabio al sencillo. Los mandamientos de Jehová son rectos, que alegran el corazón; El precepto de Jehová es puro, que alumbra los ojos. El temor de Jehová es limpio, que permanece para siempre; Los juicios de Jehová son verdad, todos justos. Deseables son más que el oro, y más que mucho oro afinado; Y dulces más que miel, y que la que destila del panal. Tu siervo es además amonestado con ellos; En guardarlos hay grande galardón. ¿Quién podrá entender sus propios errores? Líbrame de los que me son ocultos. Preserva también a tu siervo de las soberbias; Que no se enseñoreen de mí; Entonces seré íntegro, y estaré limpio de gran rebelión. Sean gratos los dichos de mi boca y la meditación de mi corazón delante de ti, Oh Jehová, roca mía, y redentor mío. (Salmo 19:7-14)

Todos los dictámenes de Dios son verdad, justos rectos, equitativos. Aún cuando los justos juicios de Dios sean desfavorables y tengan un poco de dolor. Es con los juicios desfavorables que podemos ver nuestros errores y nos ayuda a clamar su Sangre y que seamos libres de esos errores. El salmista estaba consiente del principio del pequeño dioscito que tenemos dentro, algo dentro se rebela y resiste. Pero cuando Dios dictamina algo desfavorable es para libramme de mis errores. Una vez me libra Dios me acerca más y más al trono. El juez injusto dice yo soy inocente y todos los demás son culpables, pero cuando llegamos a tener las aguas hasta la cabeza ya no hay competencia con ver quién manda.

Te alabaré con rectitud de corazón Cuando aprendiere tus justos juicios. (Salmo 119:7)

Sus veredictos son siempre justos, equitativos, verdaderos, sabios, santos. Dios sabe mejor que nosotros mismos, qué necesitamos, cómo y cuándo. Estamos en este proceso de seguir siendo perfeccionados conforme a la imagen de Cristo.

Quita de mí el oprobio que he temido, Porque buenos son tus juicios. (Salmo 119:39)

El oprobio viene cuando algo no ha sido cubierto. Una fechoría no ha sido cubierta. Dios proveyó de animales para sacrificar en el jardín del Edén, y con eso se cubrió por fuera y por dentro. La vergüenza es algo que no está cubierto. Pero tenemos que decir que sus justos son justos porque nos ayuda a ver lo que no podemos ver nosotros.

A medianoche me levanto para alabarte Por tus justos juicios. (Salmo 119:62)

Cuando estamos en una noche espiritual y no vemos el camino, el salmista dice que si está pasando por eso es porque Dios dictaminó que yo necesitaba pasar por un período de oscuridad en mi vida y por eso a media noche me levanto a alabarte por tus justos juicios. Pero esto es de alguien maduro, si nos metemos más adentro en las aguas del río aprendemos que Él sigue siendo el juez justo que busca perfeccionarnos.

Te ruego, oh Jehová, que te sean agradables los sacrificios voluntarios de mi boca, Y me enseñes tus juicios. (Salmo 119:1108)

Si son desfavorables tus juicios, sigo alabándote porque tu sigues estando en tu trono. Que sean gratos mis sacrificios, que yo no pierda mi gratitud y alabanza porque en el algún momento tus juicios fueron desfavorables.

Siete veces al día te alabo A causa de tus justos juicios. (Salmo 119:164)

7 veces es el número completo. Hablamos de los dictámenes que emite como Juez justo, es como un padre que ve que su hijo toma las decisiones equivocadas e interviene. El niño se resiste, y entonces un poco de dolor no le hace mal. El niño es corregido y todo lo hace el padre porque es más sabio, es mejor. Cuando empezamos a caminar estamos tan acostumbrados a ser el juez que incluso sentamos a Dios en el banquillo de los acusados y lo acusamos de toda clase de cosas. Eso nos dice qué tan lejos estamos del trono. Si le damos gracias y esperamos tener estas experiencias poco a poco vamos a madurar y la verdad va a prevalecer sobre nuestro pequeño dioscito. Poco a poco vamos a descubrir que Dios es justo y nosotros no. Y nos metemos al agua de manera que ya no hay resistencia y las aguas gobiernan y conquistaron nuestra existencia, nuestra determinación y nuestra última gota de resistencia carnal. Veamos un ejemplo maravilloso. El salmo 19 lo escribió David y eso nos dice cuánto lo amó. El salmo 119 no dice quién lo escribió, pero yo creo que fue David el que lo escribió. David sabía que Dios era justo. El capítulo 12 de Samuel le sigue al capítulo 11. El capítulo 11 habla del momento en el que tenía que salir a la guerra se quedó en casa (cuando es hora de orar, ore) y descubrió que estaba la esposa del vecino bañándose y la conoció y quedó esperando. David tramó todo un plan (no podemos relajarnos un minuto) y mandó a traer a su esposo para cubrir el hecho de que el hijo de Betsabé y de Urías y no de David, pero no funcionó. Entonces pidió que mandaran a Urías a la batalla y allí murió. Entonces llega Natán y lo redarguye.

Entonces dijo Natán a David: Tú eres aquel hombre. Así ha dicho Jehová, Dios de Israel: Yo te ungué por rey sobre Israel, y te libré de la mano de Saúl, y te di la casa de tu señor, y las mujeres de tu señor en tu seno; además te di la casa de Israel y de Judá; y si esto fuera poco, te habría añadido mucho más. ¿Por qué, pues, tuviste en poco la palabra de Jehová, haciendo lo malo delante de sus ojos? A Urías heteo heriste a espada, y tomaste por mujer a su mujer, y a él lo mataste con la espada de los hijos de Amón. Por lo cual ahora no se apartará jamás de tu casa la espada, por cuanto me menospreciaste, y tomaste la mujer de Urías heteo para que fuese tu mujer. Así ha dicho Jehová: He aquí yo haré levantar el mal sobre ti de tu misma casa, y tomaré tus mujeres delante de tus ojos, y las daré a tu prójimo, el cual yacerá con tus mujeres a la vista del sol. Porque tú lo hiciste en secreto; mas yo haré esto delante de todo Israel y a pleno sol. Entonces dijo David a Natán: Pequé contra Jehová. Y Natán dijo a David: También Jehová ha remitido tu pecado; no morirás. Mas por cuanto con este asunto hiciste

*blasfemar a los enemigos de Jehová, el hijo que te ha nacido
ciertamente morirá. (2 Samuel 12:7:14)*

Los justos juicios de Dios son los que Natán le lleva a David y son: 1. Ya no te voy a añadir más; 2. Habrá guerra en tu casa toda la vida; 3. El prójimo se levantará con tus mujeres; 4. El hijo que iba a nacer iba a morir. David era culpable, amaba a Dios y era maduro, pero no era perfecto, se metió en problemas quería cubrir su culpa, pero solo se puede cubrir con la Sangre de Jesús. Este es el dictamen, el veredicto, fue desfavorable. Este veredicto vino del trono, de la soberanía de Dios, Dios lo vio y emitió este veredicto. El Salmo 19 y 119 nos ayudan a entender el conocimiento de David en estas cosas. Muchas veces no hemos crecido lo suficiente y cometemos un error y cuando viene el veredicto de Dios y es desfavorable entonces nos enojamos con Dios, nos peleamos con Dios. Mucha gente se enoja a pesar de ser culpable, le empieza a ir mal, no prospera y entonces se pelean con Dios y muchas veces es el resultado de nuestras malas elecciones. Vino el profeta y emitió veredictos desfavorables. David era más alto que el profeta en el reino humano, y pudo haberlo mandado a matar. Jesús les hizo lo mismo a los fariseos y los fariseos lo mandaron a la cruz. David cuando oyó el dictamen de Dios no hizo eso, dijo más bien que era culpable, justificó a Dios. Si Dios dice que soy culpable, soy culpable y dijo que había pecado contra Dios. Solo tomó 4 segundos a Dios limpiar a David. Todo lo que está esperando es que lo justifiquemos y digamos que ÉL es el que está sentado en el trono y sus justos son rectos y buenos. Pero si no hemos crecido porque seguimos en el principio, y todavía somos culpables todavía nos peleamos con Dios. A David le tomó un segundo decir que pecó contra Jehová, allí llegó la sangre y quitó la culpa. Pues por lo que David hizo y el efecto del pecado, no pudo evitar cosechar el fruto o resultado de sus malas elecciones. Hay malas elecciones que dan fruto y tendremos que vivir con eso el resto de nuestras vidas. David justificó a Dios y declaró que había pecado. El hijo ya había nacido y David seguía ocultando la cosa, que bueno es Dios de haber mandado al profeta. David se puso a orar y ayunar y aunque el veredicto era desfavorable David sabía que Dios seguía siendo bueno.

*Entonces David se levantó de la tierra, y se lavó y se ungió, y cambió
sus ropas, y entró a la casa de Jehová, y adoró. Después vino a su
casa, y pidió, y le pusieron pan, y comió. (2 Samuel 12:20)*

David al enterarse que el hijo había muerto, entró y adoró. Reconoció que era el juez justo y bendijo a Dios y lo adoró. Esto es estar con las aguas del río hasta la cabeza. No quiere decir ser perfectos como Jesús, pero si considerar que los juicios de Jehová son justos. ¿Por qué no tenemos paz y reposo? Porque tenemos algo adentro que se resiste y juzga a Dios. Nosotros somos los súbditos y ÉL es el rey y juez justo. A la medida que la verdad va permeando nuestro corazón y voluntad, a medida que nuestro corazón se mete en las aguas del río, en esa medida vemos que ÉL es el soberano y sus veredictos siempre son justos y verdaderos. Cuando nos metemos en la Palabra de Dios, nos limpia del síndrome del pequeño dioscito.

*Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas
lo estén a sus maridos en todo. Maridos, amad a vuestras mujeres,
así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella,
para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua
por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia*

gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha. (Efesios 5:24-27)

Las aguas de la Palabra nos limpian y santifica de muchas cosas, pero especialmente de este diosecito y juez injusto que emite veredictos y sentencias. Que cree que es el soberano de su propia vida y hacer lo que quiera pero que Dios lo bendiga. Al principio Dios lo tolera porque sabe que nos abemos mejor, pero mientras nos metemos a las aguas nos limpia de ese síndrome. Poco a poco descubrimos que Él es el soberano y juez justo, entonces podemos decir que ya nos hemos acercado más al trono, si estamos cerca del trono entonces estamos cerca del monte de Sion. Entonces vamos a experimentar un estado de paz cuando nos despojemos del pequeño diosecito Por eso insistimos en buscar a Dios, refuerce su relación con Dios con la oración y estudio de la Palabra, medite en Dios todo el día, convierta a Dios en su modo de vida, en su curso de acción. Manténgase en consciencia de Dios. El fruto que va a cosechar es paz y reposo y gozo en su corazón porque ya no hay resistencia rebelde.

